Edilberto Calderón

Pintor de tierra adentro

Edilberto Calderón, circa 1974. *Fuente:* Archivo de la familia Calderón Polanía

Por: Giovanna Faccini

Título: Edilberto Calderón. Pintor de tierra adentro
Autor: Giovanna Faccini
e-ISSN: 2462- 9219
Tolimenses que dejan huella; Vol. 5 (2019)
URI: https://doi.org/10.35707/tol/502
Ediciones Unibagué (Universidad de lbagué)

CC BY NC ND

Edilberto Calderón

La primera vez que estuve en la casa del maestro Calderón fue en unas vacaciones cuando mi madre me llevó allí de visita. El maestro, uno de sus amigos entrañables, tenía una buhardilla alta que me causaba gran curiosidad; solo se alcanzaban a distinguir los bastidores y los pinceles que asomaban. Cada vez que visitaba su casa, mi mirada podía recorrer por unos segundos el lugar donde el maestro creaba. En una oportunidad tuve la suerte de subir a su buhardilla y pintar con él; su amabilidad y voz pausada dándome consejos de cómo pintar, fueron la primera enseñanza que recibí sobre arte. A través del tiempo, las imágenes creadas por el maestro se convirtieron en partes esenciales de mi vida, por ser mis primeros referentes estéticos que con el tiempo relacionaría con otros grandes pintores como Chagall, Gauguin o Diego Rivera.

Edilberto Calderón nació en 1940 en Venadillo, un pueblo en el norte del departamento del Tolima, lugar en el cual tuvo sus primeros referentes sobre el arte. Su experiencia estética inicial fue producto de una conjunción de vivencias que traduciría después en su obra mediante formas y colores. La práctica como acólito de la iglesia es la respuesta a la pregunta planteada acerca de su inclinación por el arte; para el maestro, este fue el lugar donde nació su vocación debido a la asociación de eventos visuales y sonoros que calaron profundamente en su ser.

Cuenta el maestro Calderón que la persona encargada de los oficios decorativos de la iglesia recibió de Bogotá una caja con retazos de vidrios de colores, que, para el entonces niño, parecía más un rompecabezas que una obra de arte. Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de que cuando se unían los pedazos se formaban imágenes bíblicas que levitaban en el templo.

Ese niño encontró personas amables en los jesuitas que visitaban la casa cural, con quienes compartía y disfrutaba los alimentos, y admiraba en ellos su forma de vestir y usar las palabras. Así, Edilberto inició el

desarrollo de su sensibilidad, en un lugar ajeno pero que devino familiar; un universo que juntaba lo religioso, lo ideológico y estético. Edilberto se movía en dos mundos. Fue la iglesia y no su familia la que por razones de atmósfera, la construcción del templo, las imágenes y los vitrales, lo sensibilizó con el mundo del arte.

En contraste, el pequeño Edilberto fue testigo de la forma como llegaban grupos de bandidos a la tienda de su tía y arrasaban con todo sin dejar un solo centavo. También presenció sin filtro alguno los muertos que la violencia dejaba como un gas letal y que se extendía más allá de los límites imaginarios del Municipio. Los muertos políticos, los secuestrados y desparecidos cobraron especial relevancia en su obra como pintor.

Formación universitaria y primeras exposiciones

Calderón, un hacedor de mundos coloridos, afrontó con estoicismo las vicisitudes que se presentaron en el transcurso de su formación artística. Su familia quería que estudiara cualquier cosa que no fuera arte; según ellos, no era un asunto productivo. Al salir de la provincia tuvo que abrirse espacio en un campo elitista y central, como es el del arte; sin embargo, esto no fue óbice para luchar y seguir experimentando; más bien se convirtió en su motor de vida.

El joven Edilberto llegó a Ibagué en 1956 para realizar sus estudios; era tímido y discreto y no muy destacado en el grupo. Su perfil no se proyectaba como el de un chico que se fuera a dedicar a las artes. Llegó a la Escuela de Bellas Artes[1] en los inicios de la plástica en el departamento del Tolima, con maestros como Julio Fajardo y Jorge Elías Triana. Triana, quien pertenece al grupo de artistas situados en el tránsito entre la generación del treinta y la denominada *Los Nuevos,* ocupa un lugar en la historia del arte colombiano del siglo xx e introduce en las décadas del treinta y el cuarenta, junto con Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jarami-

[1] La Escuela de Bellas Artes fue creada por Decreto 1236 del 18 de octubre de 1955, gracias a artistas como Julio Fajardo y Jorge Elías Triana.

llo y Luis Alberto Acuña, tendencias y conceptos modernistas y sociales en un país que todavía se regía por principios del siglo xix.

Edilberto conoció al maestro Triana. De él aprendió la importancia de la formación integral del artista, que debe saber no solo sobre las condiciones técnicas y formales de la obra sino tener la posibilidad de explicarla y comunicarla teórica y conceptualmente. De esta manera empezó a forjarse una nueva generación de artistas y la creación del Museo de Arte del Tolima en las postrimerías de los sesentas e inicios de los setenta, que guardaba una amplia colección con lo mejor del arte de vanguardia del momento. En el caso de Calderón, sus maestros le abrieron un camino importante al movilizar fuerzas que trasformaron formas en el arte y contribuyeron a preservar la autonomía del artista, pues estos nuevos pintores no siguieron patrones del mercado, que en ese tiempo se movían con fuerza en los Estados Unidos y Europa.

El mundo artístico en Ibagué por ese tiempo era casi inexistente. Aunque la violencia a mediados del siglo xx le dio un nuevo rostro a la ciudad, pues cientos de personas desplazadas de otros municipios llegaron huyendo de la muerte y en búsqueda de oportunidades, la dinámica que se formó estaba encaminada a la creación de nuevos espacios como plazas de mercado y barrios en la periferia de la ciudad. No fue sino hasta mediados de la década del sesenta cuando se visibilizó un cambio artístico y cultural en la ciudad, con la programación de exposiciones, propuestas artísticas, discusiones, foros culturales y concursos, entre otras.

Los tres años que cursaban quienes querían graduarse del Instituto Superior de Bellas Artes de la Universidad del Tolima no eran suficientes. Debían participar por un cupo en la Escuela de Artes de la Universidad Nacional en Bogotá, el cual se otorgaba a aquellos con suficientes méritos académicos. Podría decirse que esa oportunidad no era para Calderón, pues ni su registro académico ni la crítica de la comunidad universitaria así lo presagiaban. No obstante, ocurrió una situación que le daría un giro importante a su vida como artista y que lo apartaría para siempre del pronóstico de muchos que le auguraban una vida muy diferente a la de ser pintor.

Su participación en la Undécima Edición del Salón Nacional de Artistas Colombianos en 1958 fue recibida con estupor y sorpresa por sus profesores y compañeros, pues era obvio que el evento estaba reservado para maestros y estudiantes sobresalientes.

Esta situación supuso un problema para la Universidad del Tolima, debido a que ese año debía escoger a los estudiantes que irían a la Universidad Nacional para terminar su carrera. Al ser seleccionado por grandes maestros del concurso y por encima de otros participantes, no le quedó otra opción al Instituto que darle la oportunidad a Calderón.

En Bogotá tuvo que pasar grandes vicisitudes que ahora el Maestro cuenta con gracejo y orgullo, pues las situaciones y penurias que le tocó vivir lo fortalecieron y mostraron su valentía y coraje; estas virtudes lo acompañarían en diversas situaciones a lo largo de su existencia. Para Edilberto no hay formas mecánicas de contestar acerca de la felicidad o infelicidad, porque es en las equivocaciones y fallas en las que se halla la trasformación y con las cuales se forja una consciencia crítica. Para él la vida, más que un dechado de felicidad o tristeza, es la construcción de espacios y la acumulación de experiencias con las que se crea la realidad, al igual que lo hace el artista cuando crea su obra, en la cual se refleja la condición humana con sus subidas y bajadas. La obra debe hablar por sí sola y esto solo es posible cuando se es consecuente, honesto y libre.

El maestro Manuel León, compañero de estudios de Calderón, cuenta que antes de la beca para estudiar en Bogotá, viajaban a la capital exclusivamente para visitar las exposiciones de galerías como El Callejón, la Galería de Arte Moderno, la Galería Buchholz y la Galería de la Biblioteca Nacional, los únicos espacios abiertos para ver lo que pasaba en el arte nacional e internacional. Para ese entonces no había museos especializados en arte. El Museo Nacional exponía piezas arqueológicas y en el Museo Santa Clara solo se exhibían obras de la época colonial. En Ibagué, los únicos lugares para realizar exposiciones eran el primer piso de la Gobernación o el interior de la Universidad del Tolima.

Para un estudiante de arte, cualquiera que sea su especialidad, es relevante aprender de sus predecesores. Un escritor debe escribir lo propio además de leer a otros; un músico, sin dejar de experimentar con los sonidos, está obligado a escuchar piezas de otros músicos. Los artistas plásticos no son la excepción; mientras producen su propia obra deben ver y aprender de otros. Sin embargo, el maestro Calderón es enfático al afirmar que un artista no debe quedarse solo en su especialidad sino ver el arte de manera integral e interdisciplinar. De ahí la importancia de visitar museos, ir a obras de teatro, conciertos, espectáculos de danza, leer y escuchar todo tipo de música.

La experiencia en Bogotá, según el maestro León, fue placentera: "[…] Fuimos a Bogotá para terminar los estudios que habíamos iniciado en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad del Tolima. En la Universidad Nacional aprendimos Técnicas de Grabado, Mural y algo de Estética e Historia del arte. Al principio nos miraban extraño, ya que es usual que al provinciano se le vea como a un campechano, como a una persona de menos nivel. Sin embargo, con nosotros se llevaron una sorpresa porque íbamos bien preparados técnicamente. A pesar de ser de pueblo logramos hacer un buen papel y sacar adelante los dos años que nos faltaban para recibir el grado, que resultaron muy interesantes, pues en Bogotá se vivía un ambiente cultural que en la provincia era difícil de encontrar para estar al día en danza, teatro, artes plásticas y conciertos. El arte es muy exigente. Hay que trabajar mucho, ser disciplinado; la gente se equivoca pensando que los artistas solo son degenerados o *tomatrago* —aunque también los hay, como en cualquier carrera— pero nosotros tuvimos una disciplina férrea, trabajábamos doce o quince horas diarias. En ese tiempo no nos enseñaban a crear sino a copiar, de manera impositiva y muy academicista. Si uno se salía de la academia o trataba de interpretar, lo tenía que hacer con claridad para evitar problemas con los profesores. Nosotros, los de la provincia, éramos más dóciles; los de Bogotá, más rebeldes".

A los veintidós años, Calderón ya había estudiado en dos escuelas de arte; había ganado un premio en el salón de artistas en Cali, tres premios

en los festivales folclóricos de Ibagué y en el Salón Francisco Cano de Bogotá. Fue nombrado profesor asistente de la Escuela de Bellas Artes del Tolima en 1963. Los albores de los años sesenta fueron de gran importancia para Edilberto. Situaciones de índole personal y artística, le darían un giro de gracia a su vida.

Carmen y la aventura de una vida en familia

Por este tiempo conoció a la mujer que sería su esposa, Carmen Elisa Polanía; en ese entones terminaba el bachillerato y no parecía mostrar ningún interés por Edilberto. Sin embargo, un día, el Maestro recibió una agradable sorpresa de ella, una misiva en la que exponía su interés por el arte, las obras y, en general, la expresión de su mundo interno, enriquecido por las clases de arte que recibía en el colegio donde estudiaba en Bogotá. Luego, su contacto se hizo más frecuente: realizaban paseos en moto y pasaban largas horas hablando de varios temas que hacían de sus encuentros una forma de detener el tiempo y el presagio de un futuro por venir, pues todo el empeño y dedicación que le ha entregado al arte lo ha hecho de la mano de Carmen, su aliada, consejera, amiga, esposa y madre de sus cinco hijos: Diana María, Germán Augusto, Javier, Ana Lucía y Elisa Margarita.

Carmen es una mujer inteligente, crítica, lectora incansable de literatura y temas diversos, con buen sentido del humor y talentosa en la creación de trabajos en diversas técnicas de bordado y tejido que develan una sensibilidad especial. Esto ha posibilitado que sus experiencias se hayan enriquecido desde diferentes facetas en una alianza genuina e imperecedera.

Para el maestro, Carmen Elisa representa innumerables bondades, no solo por ser un ser solitario, amable y amoroso sino por haberlo acompañado en todos los aspectos de la vida desde su juventud, cuando los dos todavía estaban en formación. Valora además su apego a la buena música, la literatura y su profesión de administradora de empresas. No solo es su compañía sino su interlocutora. Con ella comparte conceptos sobre arte,

su obra, la de otros artistas y los viajes que han realizado alrededor del mundo, pues los dos coinciden en el gusto por el conocimiento. Carmen ha estado al frente de su lucha por participar y figurar en los concursos y exposiciones en galerías nacionales con dedicación, esfuerzo, voluntad y tesón permanente e indeclinable. Con ella siempre se ha sentido acompañado y la vida se ha hecho más grata y feliz a su lado.

Edilberto Calderón y su esposa Carmen Elisa.
Fuente: Colección privada familia Calderón Polanía

Germán Augusto, Elisa Margarita, Ana Lucía, Edilberto y Diana María.
Fuente: Colección familia Calderón Polanía

Cuando Edilberto se refiere a su familia[2] lo hace con amor y orgullo. Se percibe la alegría que emana de él cuando habla de los triunfos de sus hijos y de la influencia que ha tenido su práctica artística en la forma en que ellos ven el mundo. Todos sus hijos tienen inquietudes artísticas aunque no se hayan dedicado a trabajos relacionados con el arte. La vida rodeada de artistas que visitaban la casa, entre los que se cuentan escultores, músicos, pintores, sociólogos y antropólogos, aunado a las visitas a museos y galerías, enriqueció su mundo interno, y les ayudó a la construcción de una percepción más sensible como forma viable de conocimiento. Además, para Edilberto, ellos tienen una comprensión de los fenómenos políticos, sociales, de la necesidad de cambios sociales, la transformación del gusto, la experimentación, la vida y el respeto sin discursos moralistas.

Edilberto y sus nietas Diana Carolina y Luisa Fernanda.
Fuente: Colección familia Calderón Polanía

Los viajes del conocimiento

Por razones académicas, artístico-estéticas y principalmente humanas, el maestro Calderón ha realizado varios viajes a diferentes países del mun-

[2] Ahora Edilberto tiene cuatro nietos: Diana Carolina, Luisa Fernanda, Santiago y Alexander, y una bisnieta, Emma.

do. Según él, no hay video, fotografía o libro que explique ese organismo vivo que es el objeto artístico, ni que pueda compararse con la relación directa con el trabajo plástico de grandes artistas y otros que las páginas de historia dejaron pasar inadvertidos. Está convencido de que la emoción, la fuerza, la expresión y comunicación que se establecen en las relaciones humanas también se hacen con el arte, pues las obras de arte no son objetos inanimados, sino que resguardan la vida del artista, su perspectiva humana, política, artística y pedagógica.

Además, la visita a otros países le hizo conocerse más como latinoamericano y como colombiano, en relación con otros países de América, al poder comparar ese universo desde la creación artística y no sentirse menos o pensar que la inteligencia está en determinado lugar. Sus viajes por Europa y Suramérica los realizó desde el aspecto turístico, en hoteles de primera o en hostales con morral al hombro y poco dinero; también, en plan de estudios, mientras compartía con otros artistas, políticos y científicos. Visitó diferentes escuelas de arte y museos en Ecuador, Perú, Chile, Argentina, España, Italia, Francia, Portugal y Rusia, que le ayudaron a universalizar su visión, pues lo provinciano, según él, no lo hace el hecho de vivir en la provincia, sino el tener una visión unipersonal de las cosas.

Por eso es casi de carácter obligatorio para alguien que está en el arte, en la pedagogía y, en general, en el mundo de la cultura, conocer los países, las obras, monumentos, templos, lugares, espacios públicos, el transporte, la economía, los comportamientos sociales, las formas de organización, la comida, la moda, con los cuales se puede entender la diversidad en las formas de expresión. No obstante, Edilberto es categórico en decir que primero hay que empezar por conocer el propio país, para poder ir a otros lugares y entender las razones, afinidades, contactos e influencias, pues es ingenuo pensar que un individuo se invente algo o cree su obra desde la nada.

El segundo evento relevante para él, después de su ingreso a la Escuela de Bellas Artes, fue el desafío en el campo artístico que significó, a sus veintidós años de edad, la visita a la Galería Arte Moderno en Bogotá

dirigida por Casimiro Eiger. Calderón, a pesar de ser tímido y expresarse de forma lacónica, tuvo el ímpetu de visitar la galería de Eiger y con la anuencia de uno de los colaboradores ubicó sus pinturas en los mismos espacios en los que se encontraban exhibidas las de Fernando Botero, Alejandro Obregón o Enrique Grau. Al llegar Eiger y ver aquello, llamó de manera airada la atención del joven pintor, quien vio como Eiger, a pesar de su malestar, miraba sus obras de soslayo. Después de una acalorada conversación llegaron a un acuerdo económico que le posibilitó exhibir sus pinturas en la galería y, con ello, la publicación de variadas columnas de prensa que enarbolaban su obra y le daban una posición en el campo artístico.

Este es uno de los episodios más relevantes en su carrera artística, por ser un ejemplo claro de la conjunción de eventos significativos, y porque también expresa la franqueza y el carácter de un pintor de provincia que, con disciplina, fraguó una obra con sello propio. Si esta hubiese carecido de calidad, seguramente habría sido sacado a empellones de la Galería Arte Moderno. Sin embargo, su actitud desafiante y a la vez con franca seguridad en su obra, le abrió varias puertas y reconocimientos de críticos como Eiger de quien se dice, era bastante exigente con las obras que exhibía en la Galería. Con el tiempo, Casimiro se convirtió en una figura muy importante para Edilberto, pues no solo fue un marchante de arte sino su tutor en lides sociales y protocolarias.

El polaco Casimiro Eiger, *caballero gentil de otras edades*, como lo reconocían sus contertulios de La Gran Vía[3], representaba el estilo de la vieja Europa. Su compromiso con la divulgación del arte no tenía precedente en nuestro país y, al ser conocedor del medio artístico colombiano, puso su formación estética al servicio del país. Estimuló la obra de artistas colombianos ya consagrados y de los que se iniciaban en el

[3] La Gran Vía fue un establecimiento comercial de comienzos de siglo xx en Bogotá; funcionó en la carrera 7.ª, entre calles 17 y 18; fue el Café más longevo de la ciudad. Estuvo allí cerca de noventa años. Se hizo famoso por recibir en sus mesas a los contertulios de la Gruta Simbólica, primer grupo literario colombiano que transformó las tertulias privadas en espacios públicos de reunión.

circuito del arte, como fue el caso de Edilberto. Su trabajo en la Galería El Callejón, en la emisora de radio H.J.C.K y más tarde en su Galería Arte Moderno, permitieron apreciar, como lo expresó Álvaro Castaño Castillo en su semblanza sobre Casimiro Eiger en la Revista de la Universidad del Rosario Nº 538, Volumen 80, abril-junio de 1987, "… El refinamiento de su espíritu, la firmeza de su carácter, la agudeza de sus juicios, la profundidad de esa cultura integral, que va desapareciendo en nuestro tiempo y que llamamos humanismo".

Abanderado de la defensa de los derechos y la integridad humana

En los años setenta, y bajo la batuta de Edilberto Calderón, surgió un grupo de jóvenes pintores tolimenses, como Luis Fernando Mejía, Armando Martínez Berrío *El Diablo*, Margarita Gómez, Ismael Rodríguez, Yesid Gutiérrez Palma, Oskar Ramírez, Marco Alejandro Rico, María Victoria Bonilla, Ana Elvia Barreto, entre otros, quienes hicieron parte de la última generación de artistas de la Escuela de Bellas Artes. Esta había iniciado labores una veintena de años atrás y se había cerrado durante el Gobierno de turno en 1978, amparado en el Decreto del Estatuto de Seguridad expedido por Julio César Turbay Ayala.

La situación represiva que se vivía no era nueva. Se había gestado desde la rectoría de Leovigildo Bernal Andrade (diciembre 1972-septiembre 1974), que impedía el encuentro y las reuniones entre los miembros de la comunidad educativa. El Rector cerró la cafetería principal por ser, según él, y como lo afirma Ricardo Pérez en su artículo "Al amparo de los brutos" de la revista *El Salmón* de 2015, foco de planes de insurrección o de pensamiento crítico, comportamiento que para otros podría significar una oportunidad de crecimiento y debate intelectual.

En una entrevista con Armando Martínez, estudiante de Bellas Artes en ese tiempo, quedó claro que los argumentos de las directivas de la Universidad acerca del rédito de Bellas Artes y la razón por la cual el

programa debía cerrarse porque resultaba oneroso, quedó en entredicho. Según las directivas, graduar a un artista plástico era más costoso que graduar a un ingeniero. Sin embargo, la incursión de unidades militares al campus el 26 de mayo de 1978, al expoliar todas las obras que se encontraban en los talleres de artes y arrojarlas al río Combeima, planteaban mejor un problema político y no económico.

Según Ricardo Pérez, "[…] se persiguió el arte y los artistas como una plaga que debía desaparecer porque nadie podía tener una mirada distinta, un sentido crítico o tan siquiera una opinión durante ese gobierno rectoral y del país". Es usual que sea en las facultades de artes y humanidades en donde se avivan los grupos de discusión y emerja la vida cultural. Por estos hechos, cuarenta estudiantes fueron expulsados y treinta y dos profesores destituidos, entre ellos el maestro Calderón, por defender la existencia de la Escuela de Bellas Artes.

Para Calderón, era ostensible el desprecio por Bellas Artes, y el que sentían algunos miembros de la comunidad universitaria por los pintores. Junto con algunos profesionales, reclamaron un sistema más adecuado en la contratación, pues en ese momento no existía un estatuto profesoral con criterio académico y laboral que los calificara. Para muchos, ser artista era asunto de inspiración y no de formación, lo cual dificultaba la elección de profesores en términos académicos y laborales para una actividad que, aunque sublime, no deja de ser igualmente intelectual como la de otro profesional.

Este episodio pondría a prueba la fuerte determinación y ahínco del maestro Calderón pues, en vez de envilecerse, buscó diferentes formas de hacer frente al problema económico que esto significaba. Así, con la ayuda de amigos y simpatizantes de su obra, realizó exposiciones privadas en las que expuso sus pinturas y abrió un espacio artístico y cultural con posibilidades de disenso e intercambio ideológico, que enriqueció la vida de todos aquellos que participaron.

Al año fue reintegrado a la Universidad, esta vez como docente de las cátedras opcionales de Dibujo e Historia del Arte. No obstante, para

el maestro era una tarea que no se ajustaba a su práctica, pues si bien es cierto que en la academia había recibido instrucción en materia de Estética e Historia del arte, no tenía formación en didáctica, que le posibilitara transmitir su conocimiento. Así que, en vez de claudicar, se asesoró de amigos y docentes que le ayudaron a robustecer su discurso pedagógico y metodológico; de esta forma enriqueció las cátedras que le habían sido encomendadas. Asimismo, realizó una labor de alfabetización de la imagen en las facultades de Educación y Sociales; enseñó aspectos formales e iconográficos de la imagen, el color y su teoría, la composición, la interpretación de las imágenes y desarrollo de capacidades metodológicas y pedagógicas. Buscaba que, aquellos que se formaban como docentes, avanzaran en una comunicación más asertiva con sus educandos a través de los medios visuales.

Su sensibilidad no solo estaba orientada hacia el arte y todo aquello que este encarna. También fue evidente su preocupación por la reivindicación social de los docentes y los problemas universitarios en torno al estatuto orgánico laboral; por ello se convirtió en un abanderado de la defensa de sus derechos y la integralidad humana. Alcanzó con el tiempo posiciones destacadas que le posibilitaron hacer cambios sustanciales como representante de los profesores, presidente de la Asociación Sindical de Profesores Universitarios y, más adelante, como vicerrector de Desarrollo Humano. Este papel lo desempeñó en conjunción con la forma como veía la vida, es decir, como asunto pedagógico, humano y estético, aspectos que no se escinden de la naturaleza del hombre. Su labor la hizo en aras del bien común, con el fin de generar, impulsar y estimular a toda la comunidad con los mismos derechos y posibilidades, frente a la tendencia a confundir la cultura con algún oficio específico y a olvidar que la cultura no está vinculada a determinada rama, sino a la comprensión de la sensibilidad en todos los ámbitos. Los profesionales y las personas que realizan diferentes oficios son ante todo seres humanos con habilidades y gustos que no están necesariamente ligados a su función y que requieren de otros espacios para existir y enriquecer su experiencia vital.

Desde niño, Edilberto se ha construido con otros. Es consciente de la importancia de los aportes que se comparten en la edificación de un interés común y de la sinergia existente en la conjunción de saberes. Por ello le molesta cuando hablan mal de Ibagué o del Tolima, pues para él es claro que las personas deben sentirse agradecidas y orgullosas de la tierra que les brinda la oportunidad de existir, de ser y estar en el mundo. Edilberto se siente orgulloso de ser tolimense, de su acento, de no quejarse de esta tierra y de pertenecer a esta región con sus cualidades y defectos; es por esta razón que podría considerarse a Edilberto un pintor de tierra adentro.

De esta forma se puede aseverar que la obra del artista está en concordancia con su mundo interior, con su necesidad expresiva y, en el caso del Maestro, con su visión crítica de la sociedad en la que vive y por la cual se expresa. Podría hablarse de Calderón como un precursor reflexivo que ha pintado al margen del éxito; que además de pertenecer a la academia, su talento también se puso al servicio de la educación y en apoyo a los procesos plásticos en la formación de otros artistas y no, para marchantes de moda.

El maestro Calderón nunca ha dejado de pintar. Aunque la academia haya ocupado parte importante de su vida, y a la cual sirvió con entusiasmo y entrega, el tiempo de experimentación y de trabajo entre pinceles y bastidores ha sido constante. Si bien es cierto que su obra salió del circuito central del arte, no ha dejado de transformarse. Siempre se está reinventando y busca la oportunidad de incursionar en técnicas que no había probado antes como el *screen*, la monotipia, el mosaico, el grabado, el aguafuerte y el acrílico. Es precisamente el hecho de no deberle nada a los marchantes de arte, a curadores o críticos, lo que le ha permitido seguir innovando. Es esta fidelidad a la libertad y a sí mismo la que le dio el reconocimiento a su obra en el Festival de Artes de Moscú "Tradición y Modernidad" en junio de 2009, en la Sala Central de Exposiciones Maniezh, sitio que consagra artífices de los más amplios tinglados de la cultura.

Su obra

La experiencia de ser, de estar en el mundo, es una construcción propia influenciada por nuestras pautas de crianza, por los ambientes en los cuales nos hemos desenvuelto, las diferentes interacciones con el entorno a través de los sentidos y de aquello que percibimos. Esta construcción no solo la hace quien se ve expuesto a la lectura del objeto creado sino aquel que crea y la forma en la que expresa el mundo circundante. Los artistas tienen en el arte un medio mágico con el cual transmiten la realidad a través de la plástica y su dominio expresivo, transforman su universo interno para compartirlo con el mundo y manifiestan sus ideas y emociones a partir de las formas y el color. Este mundo expresivo materializado en su obra encarna su gusto, displacer, dolor, y la voluntad trascendente a través de la creatividad y originalidad, su sello personal, aquello que nos permite diferenciar un artista de otro.

La obra de Calderón cuenta un relato propio de la vida, la existencia y la identidad. Encarna rasgos de las obras de sus maestros Manuel Hernández, Jorge Elías Triana, Alejandro Obregón y Guillermo Wiedemann; no obstante, la amalgama resultante es única.

Los objetos creados en un espacio-tiempo constituyen una revelación del contexto en el cual fueron hechos. No solo se revela una historia que se puede comprobar a partir de los instrumentos científicos con los cuales medimos el tiempo, sino que en ellos habita el tono y la vida del artista. Para Calderón siempre ha sido muy importante la experimentación con diversos materiales que le impriman vitalidad a la obra y optimicen su recurso narrativo pero, sobre todo, busca innovar en su ejercicio plástico. Si bien es cierto que su obra tiene varias influencias, ha sido el ejercicio constante de la plástica el que le ha dejado una marca indeleble en su gesto.

Casimirio Eiger, como agente del campo artístico, tuvo una injerencia especial respecto de la obra de Calderón, dada su posición académica y su participación en el campo cultural como marchante de arte, que le

daba peso y autoridad a su crítica; esta la ejercía a través de programas radiales, reseñas de exposiciones y notas periodísticas, las mismas que posibilitaron la recepción e ingreso al circuito artístico de la obra de artistas como Edilberto Calderón.

En 1967, después de años de ensayos y una búsqueda formal en su obra a partir del estudio del espacio, la forma, el color y el uso de diversos tratamientos de óleo, *collage*, empastes y veladuras, inició la técnica y experimentación conceptual que le permitirían ir creando un espacio pictórico propio, que expresara su mundo interior a partir de las texturas y materias, de las condiciones formales de la obra. El uso de técnicas variadas planteó un espacio pictórico y conceptual propio que se convirtió en su estilo.

Edilberto Calderón, 1967 – *Jugadores de cartas*, *collage* sobre tela, 145x123 cm.
Fotografía: Jorge Enrique García Melo

El libro que editó en 2012 la Universidad del Tolima sobre la obra del maestro, titulado *Calderón, cincuenta años de pintura*, expresa: "Esta fue la génesis de lo que se convertiría en su sello personal; grandes planos geométricos con intenciones de rememorar algo y, según la idea del tema,

de su contenido, iba pegando arenas, periódicos, encajes, papeles de distintas calidades y colores, hasta lograr el revestimiento de los planos, que más adelante en el proceso, sufrirían el tratamiento de ennoblecimiento y expresión estética que les iba dando para poder ver realizada la idea artística. En esta etapa es cuando inicia la aplicación de pinturas para *screen* con el ánimo de lograr empastes y con el óleo, veladuras y trasparencias".

Con este procedimiento de darle espera al óleo para poder seguir trabajando a partir de capas esfumadas va construyendo el cuadro, a la vez que recrean las cualidades y diferencias de textura y color de formas variadas y de invaluable riqueza expresiva, plástica y textual. De esta manera, lo afirma el maestro Calderón:

"Se imprimen resonancias internas a la imagen y al color, apoyados en el aspecto emocional y de sensibilidad que hacen posible la metáfora, para darle un sentido sugestivo; así se posibilitan a todos estos elementos las fuerzas expresivas que permiten una comunicación sensible y universal con nuestros congéneres, puesto que las huellas que dejan en nosotros los elementos de la vida cotidiana en la forma de texturas y colores, de sensaciones táctiles y visuales, hacen referencia a la experiencia sensible del hombre. Esta permite, de cierta manera, que nos relacionemos con los demás, sin tener que recurrir a la pintura anecdótica de representaciones objetuales o ilustrativas de la temática".

El trabajo constante y la experimentación se vieron reflejados en artículos de prensa, como el de Jorge Moreno Clavijo, del periódico El Tiempo del 18 de junio de 1969, en el que expresa la "gran habilidad de oficio y encomiable optimismo y buen gusto, dinámico y emprendedor del joven pintor Edilberto Calderón".

La obra de Calderón a finales de los años setenta y principios de los ochenta había tomado un carácter más definidamente político. Los temas sociales y políticos siempre habían sido importantes para él; sin embargo, es en este período cuando estos adquieren una mayor notoriedad: "Me interesaba la relación estética con las imágenes pintadas, para darles así el carácter de documento. Buscaba en el acto artístico, además

de lo bello, ligarlo a la despreciada tragedia humana de quienes a nombre de la razón y la prioridad de sus intereses particulares, han masacrado la humanidad".

Para un artista plástico, los concursos y exposiciones son muy importantes; no solo enriquecen el conocimiento teórico-artístico del espectador, sino que son espacios a través de los cuales el artista pone al alcance del público su sensibilidad, estimulando la reflexión, comunicación y crítica de qué y cómo lo expresa. De ahí la pertinencia de revisar su participación en El Salón Nacional de Artistas, evento que visibiliza el desarrollo del arte plástico en Colombia desde 1940 y acerca al gran público al arte, restándole el carácter exclusivo que durante siglos lo había caracterizado.

El Salón Nacional de Artistas

La primera vez que Calderón participó en un Salón Nacional de Artistas fue, como se expuso anteriormente, en 1958, cuando todavía era estudiante del Instituto de Bellas Artes de la Universidad del Tolima. Aunque no es posible hacer mención de la obra con la cual participó —no existe un registro fotográfico de las pinturas adquiridas por el coleccionista—, vale la pena mencionar el comentario que de su obra de estudiante hizo el austriaco Walter Engel, historiador y crítico de arte, en el periódico *El Espectador* del 14 de mayo de 1961, donde describe la obra del joven pintor como el trabajo de un estudiante dotado y disciplinado que "debe aprender a ser consecuente con la abstracción y liberarla de detalles accidentales o recaídas realistas". Más tarde, en 1964, participó con la obra *Ofrenda* y se hizo evidente en un nuevo artículo de Engel del *El Espectador* del 21 de junio de 1964 su conformidad por ver en la obra del pintor la desaparición de detalles incidentales que le restaban fuerza a la expresión plástica.

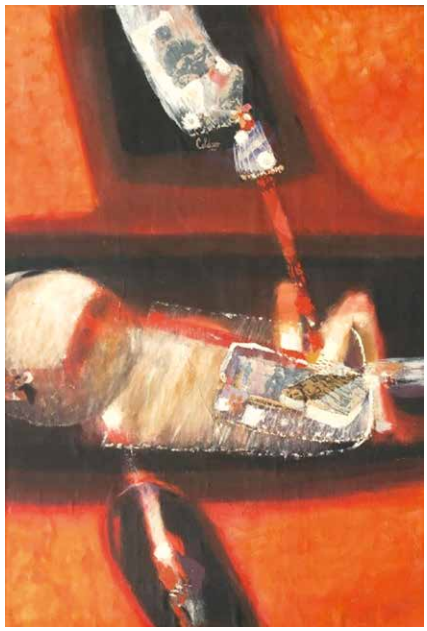
La pintura con la cual participó el maestro Edilberto Calderón en el XXVI Salón de Artistas de 1976 podría haber sido tildada de extem-

poránea, pues, para la fecha, el arte contemporáneo en el país, aunque tenía un vigor incipiente, ya ensayaba instalaciones y *performances* emulando las novedades vistas en la Bienal de Coltejer del año 1972.

Estragos de la guerra es una composición de gran formato que mezcla el óleo con el *collage*, técnica que ha acompañado al maestro Calderón a lo largo de su carrera. Si se compara con las obras de algunos artistas, es obvio el desatino al participar con una obra abstracta cuando el arte que se mostraba esgrimía la figuración, el *pop* y el arte conceptual. No obstante, al revisar la crítica de Juan Acha al Salón, podría inferirse que la obra de Calderón no distaba mucho de lo que para el esteta peruano era una obra de arte bien construida. Para Acha era ostensible en el Salón "[…] la falta de abstracción libre con sus aspectos líricos gestuales o informalistas, en la debilidad del geometrismo y en la inexistencia de la agresividad expresionista de la figura, haciéndose patente el predominio de la representación con propósitos hiperrealistas".

Edilberto Calderón, 1964.
Ofrenda, óleo sobre tela,
102 x 42 cm.
Fotografía:
Jorge Enrique García Melo

Si observamos la obra de Calderón, podemos encontrar rasgos expresionistas, no solo por el uso del color sino por las grandes áreas en las cuales está dividida la pintura y la figura central construida a partir de veladuras que le imprimen emotividad; lo anterior, aunado al trabajo de *collage* con ilustraciones de prensa alusivas a la guerra, al dolor, a la tragedia. Es una pintura abstraccionista-figurativa, lírica por su composición y detalles plásticos que la alejan del realismo.



Edilberto Calderón, 1975. *Estragos de la guerra*, óleo / *collage* sobre tela, 130 x90 cm. *Fotografía:* Jorge Enrique García Melo

En el concepto de Acha, se pueden alcanzar excelentes resultados cuando se hace uso del realismo y se escinde de lecturas de lo cotidiano. Sin embargo, afirma Acha, en la mayoría de artistas del Salón es evidente la carencia de conceptos que lleven la obra más allá de la representación plana y sin contenido. Las inquietudes contraculturales y políticas pueden alcanzar un buen nivel estético.

En el caso de la obra de Calderón, es notable su esfuerzo por no instrumentalizar políticamente la obra, por el riesgo de caer en el panfleto y, sin embargo, expresar con la fuerza necesaria el dolor de la pérdida, la guerra y el desarraigo. En un artículo del diario *El Tiempo* de noviembre 20 de 1975, que aparece ilustrado con la pintura en mención, Casimiro Eiger se refiere al caso de Edilberto Calderón como *sui generis* dentro del arte por ser "un artista independiente que no obedece sino a su propia inspiración, y traduce con tesón en el lenguaje de colores y de formas sus inquietudes estéticas y sociales, dándoles una expresión auténticamente personal".

Sus pinturas eran una denuncia sobre la barbarie de la guerra, los niños, como víctimas inocentes del conflicto, aparecen de manera reiterada en la obra de este período; la construcción del espacio está libre de lugares comunes en la representación de la violencia. Ese espacio de representación consiste en una compleja elaboración y conjunción de elementos plásticos que transmiten al espectador la desolación, la impotencia y angustia inerme con la que se afronta el conflictivo espíritu humano y todas sus atrocidades. Grandes planos en los que se apoyan

las imágenes y figuras centrales recortadas de periódicos, revistas o fotografías, que simbolizan o sugieren un tema específico, con el ánimo de que los cuadros se conviertan en la voz que grita contra la injusticia y la miseria, tal como lo expresó el maestro Calderón en la exposición de la Galería Arte Independencia en 1977.

Aunado al sufrimiento por la guerra y la desesperanza, en la obra de este tiempo se devela un dolor aún más profundo y personal como lo fue la muerte de su hijo Javier. Si bien es cierto los niños de sus pinturas son víctimas de la guerra y el hambre, también reflejan la forma como el pintor canalizó su propia angustia y desolación. El arte, entonces, no solo es la forma por la cual los artistas expresan el espíritu de una época sino su propia experiencia.

Edilberto Calderón, 1975. *Velación*, óleo / *collage* sobre tela, 118 x 80 cm.
Fotografía: Jorge Enrique García Melo

A medida que la obra del maestro Calderón se robustecía y adquiría un estilo único y original, la circulación de sus obras desaparecía del circuito artístico central para concentrar su fuerza creativa en la provincia, donde realizó una intensa labor pedagógica en los pueblos del To-

lima con la exhibición de sus obras o como representante de la cultura del Departamento. Así mismo, participó en diversos espacios culturales de Ibagué, como la Sala de Exposiciones de la Universidad del Tolima (1982), la Cámara de Comercio de Ibagué (1982), la Casa de la Cultura en Venadillo (1980), una retrospectiva de su obra en la Biblioteca Soledad Rengifo de la capital tolimense (1983) y el Banco de la República de la misma ciudad (1986).

Los años ochenta

Al inicio de los años ochenta, Calderón pensaba que para el pintor no solamente era importante la sensibilidad sino la temperancia; haber tenido la posibilidad de decantar la experiencia, así como también haber adquirido un vasto conocimiento de las técnicas con las cuales pudiera expresar y explicar esa experiencia. Sin embargo, era consciente de la incidencia de la crítica en la obra de los pintores. Pensaba que en Colombia no existía una crítica auténtica, pues todo se movía con intereses políticos, económicos e inclusive sexuales, situación que veía como dificultad, por no existir una verdadera emulación de la calidad plástica.

En 1986, su obra regresa a Bogotá reflejando su evolución firme y sostenida a lo largo de este interregno, y en la cual se aparta de la anécdota para darle importancia a lo esencial. Su exposición en la Galería Belarca abordó dos de los temas más recurrentes del pintor. Por una parte lo político-social, que siempre lo ha acompañado y, por otra, la expresión erótica. Para el maestro Calderón esta obra fue una etapa nuevamente figurativa, en la que pensó la composición y el tratamiento en términos plásticos. Renunció al facilismo del gusto y la moda. Se esforzó por construir imágenes polisémicas, como él mismo las llamó, cohesionadas por la expresión de la línea, el gesto del trazo y por la atmósfera general del cuadro. Estas imágenes eróticas de mujeres en temas variopintos muestran situaciones relacionadas con el ambiente y el entorno.

Para el maestro Calderón, escoger los temas requiere sentir el pálpito, la resonancia interna, que revelen toda la energía y la belleza. En el catálogo de la exposición de la Biblioteca Darío Echandía en 1986, expresó: "[…] Cuando pinto mujeres hago de ellas, así sean prostitutas, las más inalcanzables, las más ideales y soñadas; como las pinto, no hacen mucha diferencia con las demás mujeres, pues están humanizadas en el cuadro, pertenecen a otro género, a otra estructura, son estéticas, no están ahí por complacencias fáciles, como en la vida cotidiana; han alcanzado por intermedio de la pintura la dignidad que la sociedad les ha negado […] En mis figuras casi trasparentes, el espectador tiene la posibilidad de pasear por el tejido interno del cuadro. Desarrollo la obra pensando en el placer y la emoción estética que causan penetrar cada línea, mancha, en otras palabras, la estructura misma".

En la obra de Edilberto Calderón se intuye la aproximación que hace desde su pincel masculino a su ánima, su lugar femenino, alejado de la obscenidad. Aquel lugar que ocupan su abuela, sus hermanas, sus hijas, su esposa y amigas, y el cual explora y representa con tanta belleza, conmovido por su espíritu. El erotismo, como asunto principal en su obra, es una de las virtudes humanas que usualmente cargamos de manera vergonzante. Es por ello que su pintura ha suscitado conflictos en el terreno estético, ético, político y religioso. No solo se ocupa de lo erótico como tema, sino que da a las mujeres un lugar preponderante a través de espacios escondidos, de claroscuros y figuras apenas sugeridas, que evocan experiencias deseadas, imaginadas o momentos vividos.

En la obra titulada *Voyerista*, de 1988, se puede observar cómo la mujer goza y hace gozar, sin saberse observada; ella y él intercambian caricias, son sujetos del deseo. No hay pornografía; disfrutan del acto amatorio libre y naturalmente. El pintor, por un momento, tiene la posibilidad de ser ella, de ser él. La empatía lo acerca a ese espacio de lo femenino que habita en el hombre. Aceptarlo le permite ver a la mujer desde su orilla y no desde la lectura fálica que escinde la naturaleza del hombre, contrariándolo e incapacitándolo para entender la naturaleza femenina.

Edilberto Calderón, 1988. *Voyerista*, óleo sobre tela, 120 x 100 cm.
Fotografía: Jorge Enrique García Melo

En cuanto a su preocupación política como tema pictórico, su obra no obedece a un punto de vista politizado ni a un interés pedagógico de una práctica política particular, sino a la necesidad de expresar, de manera plástica, las brutalidades inherentes a la vida en sociedad; la muerte, la injusticia social, la corrupción en las altas esferas de la administración pública, y la incoherencia evangélica de la Iglesia en su relación con el Estado.

Uno de estos conflictos que no pasó desapercibido para gran parte de los artistas en los años ochenta, fue el generado por el narcotráfico, que se infiltró en todos los aspectos y niveles de la vida del país. El maestro Calderón no fue la excepción. A través de su pintura se identifica la intromisión de los traficantes en la política mediante títulos como *El señor ministro* que se acompaña de reinas y guardaespaldas, con un aire más cercano a los jefes de un cartel que al talante de un funcionario público.

Edilberto Calderón, 1987. *El señor ministro*, óleo sobre tela, 80 x 70 cm.
Fotografía: Jorge Enrique García Melo

El asunto del narcotráfico ha sido abordado por los artistas desde varias perspectivas, unas veces contradictorias, otras irónicas y, en el caso del maestro Calderón, satírica, pues pone en el espacio pictórico, como en el caso de *El señor ministro*, un cliché del imaginario colectivo sobre la apariencia de la presunta relación existente entre la dirigencia política y la delincuencia organizada.

Carmen Jaramillo, en la publicación de 2012, *Fisuras del arte moderno en Colombia*, editado por la Alcaldía Mayor de Bogotá, al referirse a la temática política en el arte plantea que los artistas, con el fin de lograr un lenguaje más directo, "acudieron a diversas formas de figuración que permitían un protagonismo visible del ser humano, al tiempo que representaban problemáticas de personas del común, o marginales a los discursos del poder, que de otra manera no se hubiera evidenciado".

La última vez que Calderón participó en el Salón Nacional de Artistas fue en 1990. Ese año se reunieron en Corferias 357 artistas con una muestra heterogénea: tendencias informalistas, racionalistas, neorrepresentativas, conceptuales y formas de expresión tradicionales favorecieron la pluralidad. Sin embargo, ninguna obra de la exhibición planteó una propuesta nueva. El primer premio le fue otorgado a María Teresa Hincapié. En un hecho sin precedentes, se premió por primera vez una obra conceptual con el performance *Una cosa es una cosa*, acción que empezó a legitimarse como práctica artística de los circuitos institucionales.

La obra con la cual participó Calderón, y como ocurrió con el Salón de 1976, está por fuera de las tendencias conceptuales y racionalistas a las cuales se les otorgó el premio. Las pinturas *El mirón* y *La visita* son obras de gran formato en óleo sobre lienzo, que distan mucho de las propuestas ganadoras. Es una obra claramente moderna.

Edilberto Calderón, 1988. *El mirón*, óleo sobre tela, 100 x 90 cm.
Fotografía: Jorge Enrique García Melo

Alejado del circo mediático en el que el narcotráfico convirtió la circulación del arte, Edilberto fraguó una obra de alta calidad estética que le daría el prestigio suficiente para ser invitado a participar en el Festival de Artes de Moscú "Tradición y modernidad", en junio de 2009, en la Sala Central de Exposiciones Maniezh, evento en el cual ganó el premio Vera por su excepcional originalidad. Sobre el premio obtenido en Moscú, el escritor y miembro de la Academia de Historia del Tolima, José Antonio Vergel, escribió:

"Ni en tiempos de la urss (cuando el muralista y pintor Pedro Nel Gómez fue invitado a exponer en la Casa de la Amistad con los Pueblos del Mundo) ni después de la Perestroika, artista colombiano alguno había sido galardonado en la capital de Rusia. Nuestro galardonado presentó catorce trabajos (óleos y acrílicos) y, por su cuadro *Buitres*, obtuvo la estatuilla de bronce, diseñada por el escultor ruso V. Mitroshin".

Edilberto Calderón, 1996. *Buitres*, óleo sobre tela, 100 x 80 cm.
Fotografía: Carmen Elisa Polanía

El maestro Calderón obtuvo este premio en franca selección con artistas de Rusia, Bulgaria, Estados Unidos, Polonia, Italia, Portugal, Israel, Lituania, para citar algunos; además, con creadores auspiciados por galerías de Francia y del país anfitrión, a la luz de un jurado idóneo como Tair Saláhov, presidente de la Unión Nacional de Artistas de la Federación Rusa, Irina Antónova, vicepresidente de la Academia Rusa de Arte y Mijail Taratuta, corresponsal internacional en materia de arte.

La participación en este evento internacional, de innegable importancia por su tradición en el ámbito del arte europeo, que involucra a numerosos países mediante la colaboración de instituciones y galerías de arte, representa para Edilberto Calderón un punto culminante en su carrera artística, como reconocimiento de su obra y su quehacer académico.

Su legado

Edilberto Calderón es uno de los pintores tolimenses con mayor influencia en la región. Su trabajo plástico y su labor docente han dejado una huella profunda en sus estudiantes y, en general, en todos los que conocemos su obra y aquellos que han estado en contacto con su universo sensible sin saber que se trataba de él. Es el caso de los que han visto los murales de la Biblioteca de la Universidad del Tolima, el Centro Cultural del municipio de El Espinal y los de los centros comerciales Combeima y Arkacentro.

Ciertamente, esto no es un caso fortuito sino el reconocimiento a su trabajo plástico. A finales de los años setenta, Miguel Merino Gordillo lo invitó a realizar el mural del recién inaugurado Centro Comercial Combeima. El maestro Calderón le presentó una idea que conjugaba de manera armoniosa su experiencia plástica con temas populares del Tolima, como las lavanderas y el mercado campesino. El resultado fue una pared que embelleció el espacio y fue aceptado por la población en general sin alejarse del cuidado estético y formal de la obra.

Edilberto Calderón, 1979. Mural Centro Comercial Combeima.
Fotografía: Pedro Luis Álvarez Pineda

A mediados de los años ochenta, Germán Arbeláez construyó el Centro Comercial Arkacentro e invitó a Calderón para que lo asesorara en el diseño del espacio; Calderón le sugirió cuatro murales en cerámica al exterior de la construcción. Esta experiencia fue muy enriquecedora, pues nunca antes se había hecho en la ciudad un mural que necesitara de horno. De esta forma tuvieron que hacer un acuerdo con una de las cadenas de cerámica más importante del país para realizar el mural en la ciudad de Bogotá.

Edilberto Calderón, 1987. Murales Centro Comercial Arkacentro.
Fotografía: Pedro Luis Álvarez Pineda

Edilberto Calderón, 1987. Mural Centro Comercial Arkacentro.
Fotografía: Pedro Luis Álvarez Pineda

El espíritu innovador y el entusiasmo de un hombre visionario como Calderón, portador de ideas novedosas y con la facilidad para solventar problemas, permitieron que Ibagué hoy disfrute de estos planos de gran formato que la engalanan.

Luego, la Universidad del Tolima, como reconocimiento a una vida dedicada al arte, le confió el mural de la Biblioteca Rafael Parga Cortés. Para tal menester, preguntó a diferentes miembros de la comunidad educativa qué significaba para ellos lo filosófico y lo pedagógico. Calderón resolvió el problema formal de la obra desde el concepto de lo fractal en la construcción del espacio, teniendo en cuenta los aspectos del lugar, el aprendizaje, la enseñanza, su proyección y, en general, la dinámica propia de la Universidad.

En el municipio de El Espinal también presentó un mural como homenaje a la música. Durante años, El Espinal ha desarrollado festividades de folclor y, al construir la Casa de la Cultura invitaron al maestro Calderón a pintar un mural de gran formato, el cual realizó desde una perspectiva no naturalista sino desde una interpretación del folclor, de los espacios y de su propia vida.

Edilberto Calderón, 1991. Mural en la Universidad del Tolima.
Fotografía: Pedro Luis Álvarez Pineda

Además de su trabajo como pintor, el maestro Calderón ha hecho aportes de gran relevancia en el mundo académico y pedagógico: Junto a sus compañeros, construyó formas diferentes de llegar al público; lograron incluso colmar el coliseo de la Universidad del Tolima con demostraciones artísticas novedosas que invitaban a la construcción de sentido, mostrando en simultánea cinco pintores con diferentes estilos como el cubismo, el expresionismo o el concepto naturalista, interpretaron un mismo bodegón a la vez, mientras un narrador le contaba al público el suceso y la manera como en la historia del arte se representan los momentos sociales y políticos.

Esta nueva forma de educación visual se llevó a varios pueblos del Tolima cuando recibieron invitaciones para la celebración de semanas culturales. Se convirtieron así en agentes que generaban una dinámica diferente e integraban los conceptos del arte con la vida, para mostrar que el arte de pintar no era ajeno a otras actividades humanas, y socializar de manera comprensiva esos conceptos sobre el arte que han sido vistos de modo lejano y sofisticado. En estos encuentros se les dio la oportunidad a las personas de los pueblos y a los niños para participar de manera activa en los talleres, no solo como espectadores sino para que vivieran la experiencia creativa y las múltiples posibilidades plásticas con las que cuenta el arte.

Para finalizar esta entrevista he venido al estudio de Edilberto para hablar con él sobre su relación con la pintura y lo que esta representa para él. Esta vez, el estudio está en el primer piso de la casa. Por la ventana se cuela la luz que cambia de colores con el paso del día. Mientras organiza su espacio de trabajo, observo el anaquel donde reposa su obra y pienso en el tesoro que lega y la gran contribución a la transformación de la educación en el Tolima, con la enseñanza de diversas formas de construcción y comprensión del espacio y las imágenes. Sus lienzos inmortalizan la belleza cultural y natural de nuestro territorio y la pluricoloridad del paisaje. Pero, sobre todo, el Maestro nos deja la certeza fehaciente de que cuando se hacen las cosas con pasión y amor, se pueden alcanzar los objetivos más elevados y ver en los obstáculos, posibilidades de aprendizaje y crecimiento.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. ¿Por qué cree usted que la iglesia fue una inspiración para el maestro Edilberto Calderón? ¿Cuál ha sido la experiencia más significativa en su vida y cómo la expresaría por medio de los lenguajes expresivos? Consulte eventos relevantes que hayan marcado la vida de algún artista famoso y la forma como los ha plasmado en su obra.
2. ¿Qué importancia tuvo la Escuela de Artes para el desarrollo cultural del Tolima? ¿Cuáles pintores destacados del Tolima estudiaron allí?
3. ¿Por qué el maestro Calderón le otorga tanta relevancia a viajar? ¿Qué significa conocer el mundo para él? ¿Qué piensa usted acerca de esto?
4. A finales de los años setenta, bajo el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala (1978-1982), se expidió el decreto del Estatuto de Seguridad que repercutió, entre otras cosas, en el cierre de la Escuela de Bellas Artes. Explique las razones que llevaron a esta decisión. ¿Qué actitud existía frente al arte en esos momentos?
5. ¿Qué experiencia vivió el maestro Calderón frente a la docencia y a la situación de los docentes de la Universidad del Tolima?
6. ¿De qué manera se puede describir la obra del maestro Calderón? ¿Cuáles son sus principales fuentes de inspiración? ¿Cuáles de sus obras conoce y en dónde las ha visto? ¿Qué piensa de ellas?